



Actividad de Invierno

“Cuando era chic@ jugaba a...”

Biblioteca Mineduc



Como forma de crear una memoria colectiva de los usuarios de nuestra biblioteca, les invitamos a compartir historias de infancia y juegos infantiles que recuerdan con afecto. A continuación, presentamos los relatos recibidos.

Todas las historias presentadas pertenecen a sus autores, y se encuentran protegidas por el Art. 18 de la Ley 17.336 de Propiedad Intelectual.



Manuel Álvarez Flores, Profesor.
Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Cuando era chico, “un (cabro) mojón chico” ... como se decía en las zonas del norte, entre mar y cordillera, las mineras del salitre te permitían dos o tres alternativas de distracción y pasatiempo, una era ser deportista, trabajador de temprana edad o agarrar cualquier juego colectivo para convivir, a veces en el barrio o en la escuela donde los profesores empatizaban contigo o te tiraban las “churejas” por perder el tiempo.

Yo elegí, entre los siete y los 10 años, practicar el juego del trompo, ese artefacto de madera y púa metálica hecha con un clavo, que se limaba para suavizar la punta y no te dañara la palma. Agarrar la lienza, tirar el trompo a tres metros, cogerlo y darle a una tapa de botella cervecera en competencia con otros amigos. Para graduar el trompo y poder dejarlo apto para jugar, metíamos la púa, en hoyitos, para calibrar el trompo, y no saltara como loco para todos lados, uno de mis hermanos dijo, esta “cucarro” cuando se mueve así.

Un día, un querido profesor nos retó por algo que hicimos mal, un compañero se enojó y picado le grito ... “pucha que es choro ahora y anoche andaba por el rancho, ¡más cucarro que un trompo!” El profesor nos miró y sólo rompió en carcajadas.

Derly Patricia Ariza Landínez, 44 años.
Cerrillos, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Recuerdo correr con mucha destreza.

Me encantaba ver cómo mi cuerpo
aún más pequeño y frágil que el de los demás

respondía muy bien a esquivar ¡La Pinta!

Me sabía escabullir de los brazos del Elegido.

Parecía una cervatilla.

-[No quiero escribir sobre esto, me da mucha nostalgia darme cuenta que se me pierden los recuerdos cada vez más]-

El Juego me libera.



En el Juego me encuentro fuerte,
ágil.

La simplicidad del texto también da cuenta de un juego sencillo:

Por azar se escoge a un amigete que deberá tocar a otra persona sin incurrir en violencia para ceder su Poder al que lleva La Pinta.

Correr para liberarse de ese Poder es la solución.

Mariana Campos Urbina.
San Miguel, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Cuando chica jugaba a la payaya, a la cuerda, era muy entretenido, estaba siempre en contacto con los vecinos, y todos jugábamos con mucho ánimo, hasta altas horas de la tarde.

Siempre disfruté jugar en compañía de mis amigos.

Violeta Céspedes Escobar, 86 años.
La Florida, Región Metropolitana.

“PILLARSE Y LA LECHE AL PIE DE LA VACA”

Acuden a mi mente vívidos recuerdos de mi vida infantil en los inicios del año 40, en ese entonces tenía siete años. Residía en San Bernardo junto a mis padres Manuel y María, en una casita de tono colorado como el mazapán de colores, con ventanitas rectangulares, cortinas blancas, puerta de madera, a la que acudían mis amigas Gaby, Doris y Chela, mientras nuestros padres se preparaban para sentarse en las puertas de cada casa en los atardeceres de verano, deleitándose al ver a cada una de sus hijas jugar al pillarse en medio de la calle sin asfalto ni locomoción, en alegre algarabía.

Santa Marta en ese entonces llegaba hasta el canal, eternamente prohibido por mi madre.

Cuando iba a comprar leche en jarro de vidrio al pie de la vaca, pasaba por ahí, me acercaba sigilosamente, me sacaba los zapatos, me acomodaba en la orilla del canal, introducía lentamente los pies, cerraba los ojos, escuchaba el sonido del agua bailando, luego contemplaba, la corriente acuosa de color arcilla, sintiéndome dentro de ella, mi cabeza daba vueltas y vueltas al experimentar la agradable embriaguez que sentía al verme inmersa dentro del torrente.



Tenía que continuar mi camino y dejar el sonido relajante del agua pasajera, rumbo al fundo Santa Marta, con bordeantes senderos de tierra seca y mucho pasto verde en donde las, vacas, cerdos y caballos se alimentaban plácidamente. El lechero me recibía cortésmente, después que el ternero mamaba, lavaban las ubres de la vaca, sacaban la leche blanca y fresca como la nieve, me daban el apoyo en un vaso lleno de espuma blanca, que yo tomaba con agrado, luego depositaban leche, en mi jarro de vidrio de litro y medio.

Había olor a campo, con mucho pasto, cielo azul, y vacas listas para ser ordeñadas. Yo volvía por el mismo camino sinuoso que había recorrido antes, con el corazón lleno de alegría por haber vivido las experiencias de ese día.

Paúl Jeffree Córdoba Chacín, 48 años.
Región Metropolitana de Santiago - Santiago Centro

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Soy venezolano de nacimiento, de la capital Caracas. Cuando era pequeño jugaba diversos juegos: la ere (¿paralizado?), el escondite, cero contra por cero, tonga, stop, pelotica de goma, chapitas, metras (canicas), gurrifío, perinola, traca traca, montar bicicleta, patineta y muchos más. Pero había un juego que llamábamos FUSILAO. Consistía en hacer un recuadro en el suelo, podía ser con una piedra o ladrillo, en el que se colocaban los nombres de todos los participantes. El juego consistía en lanzar una piedra pequeña desde una distancia y, sobre el nombre que cayera, esa persona tomaba una pelota que se ubicaba en un lugar (tal como la pelota de fútbol en el centro del campo) y correr junto al resto de los participantes hacia un lugar que denominábamos “taima” (time out /tiempo fuera). Allí llegábamos tod@s y si quien traía la pelota aún no había llegado, podíamos devolvemos al lugar de partida y “quedar a salvó”; entonces, si quien tenía la pelota no lograba lanzarla y pegarla a alguien, quedaba fuera del juego. En cambio, si llegaba junto con el grupo a la “taima”, teníamos el privilegio de esperar allí hasta que pudiéramos cazar un descuido del fusilante. Si este último lograba lanzarle la pelota a alguien, ese alguien era quien quedaba fuera y reiniciábamos el juego yendo nuevamente al recuadro, tachando (borrando) al que quedaba fuera y lanzando nuevamente la piedra para que apareciera otro fusilante. De ese modo se repetía el juego hasta que al final quedaba uno solo: el ganador del juego.



Maggie Inés Draguicevic Tolmo, 61 años.
Santiago, Región Metropolitana.

“EL LUCHE”

Cuando era chica jugaba al luce. Saltar en un pie sobre ocho casillas dibujadas con tiza en la vereda fuera de la casa de mi abuela, era mi juego preferido.

Me recuerdo vestida con un jumper rojo y zapatitos con pulsera y llevando en la mano una peña de trocitos de cáscara de naranja secos engarzados por una pita, saliendo de la casa de mi abuela esperanzada de que el luce trazado en la vereda no se hubiera desdibujado y que las otras niñas de la cuadra quisieran jugar conmigo.

Me sentía afortunada cuando era admitida en el juego que más disfrutaba, esperaba con impaciencia mi turno para lanzar acertadamente la peña y desplazarme por entre las ocho casillas del luce; lanzaba la peña y saltando ágilmente en un pie, la tomaba sin perder el equilibrio.

Mi madre me observaba con satisfacción, porque su flacucha e hiperactiva hija se ejercitaba y, sobre todo, porque compartía con otras niñas, en armonía y compañerismo, lo que no siempre ocurría por culpa de mi fuerte carácter.

Fui una niña feliz, sobre todo cuando jugaba al luce, más aún cuando no había peleas ni llantos, solo alegría y satisfacción por haber participado en el juego que me apasionaba.

Patricia Escobar Sepúlveda, 52 años.
Talca, Región del Maule.

“LA CHANCHA”

Cuando yo era chica, jugaba a la chancha. Que hermosos recuerdos de esos días soleados o nublados en que nos juntábamos con mis amigos-primos, esa mezcla de semi hermanos a veces más queridos que los parientes, que por vecinos o compadrazgos nos unieron para siempre. Subíamos cerro arriba por las calles de Villa Dulce a encontrar la pista “más lisita”, para volar cerro abajo en ese improvisado carretón.

Habían de distinto tipo, todos con esas ruedas que metían ese característico ruido *tacatacatatacata* a medida que tomaban velocidad y terminaban en un grito destemplado de júbilo o de dolor, dependiendo cómo y dónde había ido a parar.

Nosotros teníamos de dos tipos. La primera, para los más avezados, era la “Mortal”, que era una simple tabla con sus cuatro ruedas bien atornilladas que llevaba al más valiente cerro abajo, a ras de piso, afirmado sólo de un cordel que hacía de volante y ayudándose de sus pies.



La segunda, la “Segura”, era un cajón, también con sus cuatro ruedas, pero que sólo en apariencia no era mortal. Por ser cajón sus ruedas quedaban fijas y no había timón para conducirlo, por lo que íbamos a toda velocidad donde la suerte del camino nos llevara. Como yo era conocida por fatalicia y tener a mi haber muchos puntos de sutura, ganados en urgencia del hospital de niños de la calle Limache, en tantas correrías de infancia, me instalaban los más grandes, a mis cortos 8 añitos, en la chancha cajón, por ser la más segura y para ir acompañada... fatal error de la física que aún no descubríamos. Tres niños en un cajón aumentó la velocidad y desestabilizó el vehículo hechizo y terminamos arrastrados una decena de metros calle abajo, corriendo todos a auxiliarme más asustados por la zurra que nos darían que por las heridas de guerra.

Al escribir estas líneas, puedo todavía reconocer en mi mentón, los puntos de sutura recibidos después de esa increíble aventura... mi último viaje en la añorada chancha segura, pero mortal.

Mariechen Euler Carmona, 59 años
La Florida, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA A...”

Cuando yo era chica, vivía cerca de un canal que pasaba al frente de mi casa. Tengo un hermano menor que a veces tenía que entretener. Entonces le enseñé a hacer barquitos de papel y hacíamos carreras en el canal, con palitos íbamos sacándolos cuando se enredaban en alguna maleza que había crecido al borde y poníamos una meta. Pasábamos tardes enteras allí. Creo que los adultos nunca supieron porque creo que no nos habrían dejado jugar a eso, aunque el canal era estrecho y no había real peligro, solo de mojarse, pero lográbamos pasar desapercibidos porque jugábamos en el verano los mismos días en que íbamos a clases de natación, entonces que llegáramos un poco húmedos no era tan extraño. No sé si él, mi hermano, recuerda lo mismo, pero yo lo pasaba muy bien esas tardes.

También jugaba con él a los autitos. Él tenía una espléndida colección de autos de diseño de fierro, eran pequeños, pero se le abrían las puertas y el capó. Nos bautizábamos con nombres gringos y éramos corredores de carrera. Solo para vamos a tomar jugo. El living era el lugar de las carreras (¿velocilodromo?)



José Esteban Flores López, 48 años.
La Cisterna, Región Metropolitana de Santiago.

“EL EQUILIBRISTA DE MURALLAS”

Me gustaba escalar las murallas de mi escuela Domingo Matte Mesías, la escuela Matte, en Puente Alto, cerca de mi población, la Seguro Obrero. Las murallas eran altas, por lo menos para mí, tenían unos hoyos que se parecían a los quesos de los monitos (dibujos animados) como les decíamos en mi época infantil, por lo que las usaba como escalas para subir. Llegaba a la parte final de la muralla y empezaba a caminar sobre ella. La muralla era grande, por lo que la caminata era larga, el equilibrio era precario, pero entretenido, gratis y era feliz.

Luego me cambié de casa y nos fuimos a vivir a la comuna de La Cisterna. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que la separación entre las viviendas también era una muralla, panderetas para ser más preciso, por lo que eran más bajas, delgaditas, pero más difícil de caminar y más peligroso, evitando que no me vieran y me reclamaran los vecinos, así que al inicio de mi nuevo hogar también las usé para jugar: el equilibrista de murallas.

Yolanda Carolina Flores Ramos, 44 años.
Cerrillos, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA AL TOMBO”

La diversión comenzaba con un ¡aló! aló! aló! Mis amigos de infancia llegaban a gritar en las tardes a mi casa: “Hola señora Tatiana, ¿están la Carola y el Tino? ¿pueden salir a jugar?, mientras nosotros adentro rogando y esperando el “sí” de mi mami, claro que eso estaba condicionado a si habíamos realizado nuestros quehaceres diarios y las tareas de la escuela. En ese entonces tenía cortos 10 años, ya era el año 1985, mi hermano Tino (Daniel) 11 años. Finalmente, después de tanta insistencia salíamos a jugar.

Éramos un grupo grande de amigos en nuestra querida cuadra Paicaví. La July, el Piolín (Claudio), Richard, Ulises, el Roro, Paola, Julio, Josué, Isabel, Claudia, mi hermano y yo, todas las tardes jugábamos a distintos juegos, al pillarse, las naciones, las quemadas, el tombo, este último era el que más me gustaba, porque casi nunca perdía, Nos dividíamos en dos equipos, limitábamos el espacio en un área cuadrada marcada por bases, esas bases eran árboles y la base principal de donde partía el juego era un poste de luz. El equipo que comenzaba lanzaba tres veces la pelota con la mano y a la tercera se disparaba lejos con fuerza y había que salir corriendo rápido, tocando la mayor cantidad de árboles (bases) posibles. Y el jugador que lanzaba la pelota debía correr a buscar el balón golpeado por el corredor, mientras que éste corría tocando los árboles, para llegar a la base principal (el poste). Una vez que el lanzador cogía la pelota debía gritar ¡alto!, si el jugador no llegaba a una base (árbol), estaba automáticamente “quemado” y debía ponerse al final de la fila



de su equipo, pero si lograba llegara la meta, pasaba a formar parte del equipo lanzador, rotando con el niño que lanzó anteriormente, quien deberá ubicarse al final de la fila contraria. Yo era muy buena corredora, casi nunca perdía, tampoco me quemaban. Podíamos jugar horas de horas, pasábamos de un juego a otro, también habían muchos que se picaban y se iban, a menudo las niñas terminamos saltando a la cuerda o dibujando un luce y tirando el tejo, felices, entretenidas, sin idea de tiempo ni deberes, hasta que escuchábamos la orden de nuestras madres: “¡Ya, se acabó el juego a entrarse a la casa!”...cansados y cabizbajos con mi hermano nos entrábamos a esperar con ansias el otro día para jugar nuevamente con los amigos.

Midia Del Carmen Garrido Torres, 70 años.
Santiago, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Recuerdo muchos juegos en mi niñez, nací en Purén, en 1950, Novena Región, y del juego que explicaré tengo un grato recuerdo. Vivíamos en un sector donde los adultos, en las tardes salían fuera de las casas a descansar y conversar con otros vecinos; no había televisión y no todos teníamos radio; no recuerdo si ya había luz eléctrica y los niños y niñas salíamos a jugar al “Pan quemado” u otros juegos.

PAN QUEMADO: nos tomábamos de una mano formando una hilera y pasábamos bajo los brazos extendidos de dos niños que se mantenían tomados de la mano frente a frente. En privado se ponían nombres de frutas o colores. Al pasar bajo sus brazos, tomados todos de la mano, ellos atrapaban un niño al azar y le preguntaban por su preferencia, según la fruta elegida, melón o sandía por ejemplo. A medida que íbamos pasando nos ubicábamos detrás del niño que representaba la fruta elegida.

Cada pasada se iniciaba con estas frases, que decía el primero de la fila en voz alta:

- ¡Pan quemado!
- ¿Quién lo quemó? - respondíamos el resto.
- ¡Pancho judío! Partámoslo que allá voy yo. Repetíamos en coro.

Después de pasar todos y permanecer detrás de uno o el otro niño, venía la decisión final. Los adultos que nos observaban eran generalmente los jueces, tiraban una raya a los pies del par de niños y las dos filas se ordenaban tomándose de la cintura para hacer fuerza. Quienes traspasaban la línea del contrario era el grupo ganador y se celebraba con aplausos y griterío. Los adultos también aplaudían y se identificaban con uno u otro grupo, disfrutando de vernos participativos y contentos...mi mamá estaba ahí, participando y mirándome.



Sobre “Pancho judío o perro judío”, nunca nos detuvimos a entender ese nombre. Hoy entiendo lo que significa “judío” y lo entendí mejor cuando un profesor dijo: me duele escuchar a los niños el “perro judío”, en sus juegos.

Mónica Guerra, 39 años, Las Condes.
Las Condes, Región Metropolitana.

“RESBALÍN”

Era verano del año 87. Vivíamos en la periferia Viña del Mar. Al frente de nuestra casa había un cerro donde podíamos jugar con mi hermano y mis primos. Un día mi papá nos trajo una bañera de plástico de esas que se usan para bañar a los bebés. Se nos ocurrió con mi hermano utilizarla para tirarnos por el cerro ya que el pasto estaba seco. Era como tener un resbalín propio y cuando terminaba el cerro chocábamos con una serie de matorrales que servían de freno. Pasábamos todas las tardes de verano tirándonos.

La pobre bañera ya estaba toda rota de tanto usarla. Una tarde mi mamá nos llamó para almorzar, pero quise tirarme por última vez, me gustaba cerrar los ojos y sentir que volaba en esa bañera, hasta despertar con el freno de los matorrales. Cuando abrí los ojos note que caminaba una araña pollito por mi pierna, casi muero del susto, grite a mi hermano para que me ayudara a sacarla. Recuerdo que nunca más pude jugar en ese lugar.

Patricia Martínez Saavedra, 68 años.
Estación Central, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA A...”

Hola me gusta el suspenso.... Y ahora lo develaré; recuerdo que muuuucho antes de entrar al colegio me reunía con unos amiguitos de distintas edades, entre 3 y 8 años, con quienes compartía a diario en la primera Guardería Infantil creada en Chile, llamada precisamente “ Guardería Infantil N.º 1, ubicada en las riveras del Zanjón de la Aguada y cuya directora Señora Juanita Salgado recibió el premio como La primera Madre de Chile, recibiendo dicho reconocimiento en EE.UU. Bueno yendo al grano jugaba con mis amiguitos a enseñarles. Haciendo filas para sentarlos en las pequeñas mesitas, ¡¡¡¡¡¡¡¡les daba indicaciones que generalmente consistía en organizar los juegos, los disfrutábamos tanto!!!!!!!

Estos son algunos juegos que aún recuerdo eran la escondida: resultaba muy trabajoso pues teníamos tantos lugares donde escondernos; otro era corre corre la guaracha sentados en un círculo corríamos depositando un pañuelo detrás de un



compañero que debía recogerlo y hacer lo mismo antes que la jugadora precedente llegara nuevamente a su lugar, si no lograba se iba al centro del círculo y al final todos los perdedores debían pagar penitencia consistente en realizar acciones divertidas, también estaba “ un dos tres momia”, la del 10 con un pelota dando 10 botes sobre una muralla en cada etapa del 1 al 10 había que realizar diferentes tipos de rebotes, cada vez que no se podía cumplir pasaba al próximo jugador, quien cumplía las 10 etapas sin parar ganaba, el compra huevos, para que decir las rondas acompañadas de sus respectivos cantos, se la relato por ejemplo la clásica....

La niña María.

Todos tomados de la mano formando la ronda mientras girábamos al son del correspondiente canto con un(a) integrante bailando dentro del círculo

“La niña María ha salido en el baile

baila que baila, que baila

y si no lo baila castigo

le darán

por lo bien que lo baila hermosa Soledad

salga usted que la quiero ver bailar.”

Una vez finalizado el canto, la bailarina o bailarín sacaba a bailar a otra (o) niño del grupo para repetir el baile, así hasta que todos los integrantes hubiesen bailado, es indescriptible la alegría de los niños y niñas al girar cantando, ahora de adulta mayor como quisiera volver a esos tiempos de inocencia sin distinguir edades ni sexo.

Y se terminó el suspenso.... Dedicué 40 hermosos años de mi vida dando lo mejor que pude como Profesora Normalista sirviendo en colegios de poblaciones vulnerables en Pudahuel Escuela D – 415, en Cerro Navia Escuela 411 y en Población José María Caro Complejo Educacional Monseñor Luis Arturo Pérez.

Me sentí realizada y orgullosa, ¿qué más puedo pedir? ¡Nada!

Paola Muñoz Manuguán, 47 años.
Ñuñoa, Santiago.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA A... LA LLUVIA VERDE”

Tuve la maravillosa suerte de criarme en un país tropical. Crecí entre grandes árboles de mango, palmeras con cocos, guayabos, muchas iguanas y un sinfín de insectos. Los diversos verdes del entorno eran difíciles de numerar, así como los colores de todos



los bichitos y mariposas que perseguíamos. Había un reino natural de día y otro de noche, en perfecto equilibrio y complemento con aromas y sonidos particulares.

Los juegos eran muchos, gozábamos de libertad entre casas sin rejas y vastos espacios abiertos que se llenaban de niños que corrían y sudaban detrás de las pelotas. Jugábamos los mismos juegos que en todas partes, pero el que recuerdo haber disfrutado más junto a mis hermanos menores - Andrea y Eduardo - era la *lluvia verde*. Este era nuestro juego:

Caminábamos agachados muy lenta y cuidadosamente por el pasto haciendo saltar saltamontes para atraparlos en el aire, o bien antes de que saltaran. No era fácil, había que tener técnica y buen ojo, ya que son veloces y se confunden con el pasto. Una vez atrapados, en la palma de la mano daba muchas cosquillas y debías retenerlos sin hacerles daño para luego guardarlos en un pote con tapa de rosca. Mientras los guardabas se te podían escapar, así que solíamos pasar muchas horas en esto. Cada uno juntaba la mayor cantidad de bichitos verdes posible. Luego, nos juntábamos todos al centro del patio para abrir nuestros potes al unísono y dejar salir a todos los saltamontes. Era una lluvia verde maravillosa.

Sin duda, ese era mi juego favorito. Como niños, no pensábamos en los pobres saltamontes. Ahora que soy grande elijo recordar este juego y estar atenta a que mis hijos disfruten observando esos saltos voladores de luz verde...

Irma Patricia Prieto Carrasco, 67 años.
San Felipe, Región de Valparaíso.

“LA DEL DIEZ”

“La del diez” era el juego de pelota que jugábamos en el muro del frontis de la casa que era amplio y bien liso. Consistía en pegarle a la pelota sobre el muro sin que esta cayera al suelo. La pelota era de goma, no de plástico, de tamaño mediano con diseño de estrellas y de colores, bien saltarina.

Del 1 al 10 era una secuencia de movimientos que se combinaban con un bote de pelota en el muro. Estos movimientos incluían las manos, las piernas, la cabeza y el cuerpo completo. Pero todo comenzaba lógicamente por el uno y terminaba en el diez. Jugábamos mi hermana, yo y Liliana la vecina del frente. Nos poníamos de acuerdo en el orden de juego y si la pelota caía al suelo se perdía el turno. Cuando se reintegraba, se partía del uno otra vez. Ganaba la que hacía la serie completa.

Aplaudir, girar las manos en círculo, puñete a la pelota, manos con dedos entrecruzados, pasar la pelota por la espalda, levantar la pierna y pasar la pelota por debajo, una vuelta completa del cuerpo, golpe de rodilla a la pelota, cabezazo a la pelota. Cada



movimiento correspondía a un número y al número de veces que se repetía el movimiento, siempre dando un bote a la pelota entre cada movimiento específico. Si al tres correspondía pegar con la rodilla, entonces debías dar tres golpes a la pelota con la rodilla y seguir al cuatro, que era pasar la pelota por la espalda cuatro veces pegando al muro cada vez y luego continuar al cinco... hasta llegar a 10 golpes continuos a la pelota aplaudiendo cada vez.

La concentración, la agilidad, la coordinación motora, la motricidad fina y gruesa, todo un engranaje que movilizaba la adrenalina, las endorfinas y que nos unía en una diversión que dejaba nuestras manos reseca y ardientes de tanto golpe a la pelota.

Andrea del Carmen Quijanes Olivera, 46 años.
Algarrobal, San Felipe, Región de Valparaíso.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA A...”

Mi infancia, hermosa etapa, ir a la escuela, dejar mi bolsón de cuero en casa y salir a explorar con Janina, Claudia y Jeanette era lejos lo mejor, tardes de Gran Santiago, recorrer los cerros de Algarrobal buscando oro o al menos eso pensábamos. Pero mis recuerdos más latentes y que me llenan de nostalgia era armar nuestro “Carretón” con materiales de desecho (tablas y ruedas de triciclos viejos); la adrenalina de subirnos las cuatro al carretón y tirarnos desde lo más alto del cerro esquivando los quiscos y las piedras sumado a los alaridos mezcla de miedo y emoción son recuerdos que nunca se borrarán, jamás ganamos una carrera, los niños (Care’gallo y Pitufu), siempre construyeron mejores carros sin embargo no existía la envidia y al final ellos siempre nos ayudaron a reparar nuestro precario vehículo, mi rodilla derecha tiene la herida de guerra de esas gloriosas carreras de carretón, que me valieron retos y algún castigo por no hacer las tareas a tiempo o no aprender las tablas de multiplicar.

Fabiola Retamal, 25 años.
Independencia, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Cuando era chica jugábamos hockey junto a mis primos, con objetos básicos en casa, jugábamos a interpretar personajes de animación y armamos una casa club. La mejor infancia.



Andreina Lucía Rodríguez Ruiz, 31 años.
Santiago, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA AL ESCONDITE”

Cuando era pequeña había un juego que a mí me encantaba, lo jugábamos en todas las fiestas de cumpleaños, reuniones, en las vacaciones, siempre que estuvieran mis primos, mis amiguitos y mis hermanas, jugábamos al escondite.

En otros países, se le llama “escondidas”, pero en Venezuela, en los años noventa se le decía el escondite. Tenía sus reglas, primero mis primos, hermanas y yo teníamos que seleccionar a la persona que iba a contar y para ello, juntábamos los pies derechos de cada quien y cantábamos una canción tocándolos uno por uno. La canción era Zapatico cochinito y decía así: “Zapatico cochinito cambia de piececito por uno más bonito”. El que quedaba seleccionado al finalizar la canción, era la persona que contaba en una pared que era la “taima”. Después de contar hasta el 20, los otros niños se escondían, tenía que salir y tocar la taima antes del niño que contaba, así quedaba libre de contar y buscar en el siguiente turno.

Recuerdo a los niños más arriesgados, que al momento en que comenzaba la persona que iba a contar, se colocaban a un lado de ella, sin hacer el más mínimo ruido, y cuando terminaba tocaban la taima, quedando así libres de contar. A ellos los admiraba, yo nunca lo pude hacer.

A mí no me gustaba contar y buscar a los niños, era muy nerviosa e inocente, me asustaba fácilmente, y mis primos, más astutos, sabían esconderse muy bien y esperar el momento indicado para sorprenderme. Pero, aun así, me encantaba este juego, esconderme y correr muy rápido, luego tocar la taima, para quedar libre de contar y animar a salir a los que todavía se escondían.

Jugar al escondite ha sido uno de los recuerdos más hermosos de mi infancia, el cual guardo con mucho cariño en mi memoria.

Carlos Alberto San Martín S., 40 años.
Región de Ñuble.

“HÉROE DE CARTÓN”

Cuando era chico...era invencible, mi espada destruía la maldad con su hoja, mi valor la oscuridad sin miedo, mi voluntad, una armadura impenetrable, mi capa flameaba al compás de los furiosos resoplidos de la bestia; oculta en las entrañas de los Bosques Malditos, debía protegerlos a todos, enfrentarme solo a la demoníaca amenaza. La batalla, ingente, inmisericorde, se extendía hasta que la voz de mi madre reclamaba su mantel, la escoba y otra caja de cartón destruida. El guerrero también tenía que almorzar.



Leticia Soto G., 43 años. Venezolana.
Santiago Centro, Región Metropolitana

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Al nacer a los finales de la década de los 70, y no contar con la tecnología que hoy día conocemos y en la cual estamos inmersos no importa qué edad tengamos. Se puede decir que mi infancia fue muy feliz compartiendo un sin fin de juegos con mis amigos de la cuadra. Donde ver una película en la tv era solo una vivencia para los viernes en la noche, donde hacer las labores de la casa y las tareas del colegio lo más rápido posible para poder salir a la calle a encontrarnos con todos los vecinos era una hazaña diaria.

Vengo de una familia de cinco hermanos, por mi parte Melliza con un varón, y quién nos seguía era una niña; les cuento esto por qué, ella y yo éramos las únicas mujeres contemporáneas con todos los vecinos hombres. Y la única forma de salir a jugar era que todos nos cuidaran, y así era.

Se podrán imaginar que todos los juegos eran de varones, metras, trompo, carritos con las mansiones que cada quién construía en el jardín de las casas, con pozos y túneles. Los juegos como el escondido, el fusilado, La ere, y “un dos tres pollito inglés”, eran muy frecuentes.

Ya al crecer un poco más en la época de que los regalos de diciembre eran las tan anheladas bicicletas, salíamos todos juntos a recorrer la urbanización. Nunca solos, lo máximo separarnos en dos grupos donde debíamos seguir unas pistas y superar alguna prueba para ser el equipo campeón.

De igual manera había tiempo de jugar muñecas, las famosas barbies, y cuando mi prima iba de visita pintábamos muñecas en ropa interior en un papel, donde los diferentes tipos de ropa se pintaban por separado y se le podían intercambiar de acuerdo a la historia que se estaba desarrollando, como un día de playa o una fiesta de gala.

Como había tiempo para todo, mi mamá me compro una pequeña colección de cuentos, recuerdo que los favoritos fueron El Soldadito de Plomo y El Patito Feo, de memoria los recitaba.

Al ser adolescente jugar Stop, Monopolio, Ludo y cartas españolas era lo más común con los amigos de la cuadra, con los de la escuela e incluso con la familia cuando iban de visita.



Nancy Judith Treimun Mansilla. 61 años.
Providencia, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHICA JUGABA A CAMINAR CON ZANCOS...”

Cuando era pequeña mi padre nos fabricaba unos zancos para jugar, los que eran de tarros de café, grandes o chicos, rellenos de tierra o arena y en sus costados tenían unos hoyitos de donde se amarraban unas cuerdas, que eran sogas de cáñamo trenzada, pero muy delgada; que servían como sostenedor de todo el peso de nuestro cuerpo.

A mis hermanos mayores; mi padre, les enseñaba a construir sus propios zancos; de varas de coligues extraídos de alguna laguna cercana (casa paterna del sur). A los que se les incorporaba un trocito de goma en la base de la vara, para que cuando se caminara con ellos no se resbalara, y una pequeña tablilla donde cupiera el pie. Tablilla que era atornillada a una altura de; más o menos 50 o 60 cms. de la vara (o aún más, según gusto del propietario de los zancos.)

Me encantaba caminar y jugar con mis zancos de tarro tan bien creados, e íbamos a comprar a un negocio que quedaba como a 3 cuadras de mi casa paterna. Por las calles polvorosas de arena y tierra; haciendo una fila india con mis hermanos, por ella íbamos contando lo que contemplábamos a nuestro alrededor, de una forma fantástica y entretenida. Cual una nube en altura, podíamos divisar y disfrutar el ambiente y sus paisajes.; mientras, sobre nuestros preciados elementos de equilibrio, cumplíamos nuestro objetivo hacia la meta.

Entretanto mi hermano que era un poco mayor (yo solo tenía 7-8 años y mi hermano 12) nos cuidaba, cual guarda y juez en un gran duelo. La cuestión era el no cansarse y el no dejar los zancos tirados por el agotamiento y volverse caminando sin ellos a casa.

Para mí, era mi delicia caminar sobre ellos, inventaba siempre historias nuevas sobre el paisaje, me sentía importante y desde sus alturas me parecía contemplar mejor y más cercano el sol, los árboles, el día.

Siempre llegué hasta el negocio, y la señora que hacía la atención en él, se sorprendía de tan gran apuesta, y nos regalaba algún dulce. Y luego, cuando llegábamos a casa, con la compra o el encargo, éramos celebrados por tal aventura.

Ese era mi gran premio en este juego; el abrazo y las palabras de aprecio de mi Padre.



Magdalena Undurraga, mujer de más de cuatro décadas.
Providencia, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Cuando era chica jugaba al elástico en el colegio. Era un colegio de puras mujeres y cuando estábamos en quinto o sexto básico se desató una locura por jugar al elástico. Tocaba el timbre y todas corrían y armaban los grupos para poder formar equipos y poder saltar unas y otras. Si éramos varias, jugábamos al triángulo donde nos formábamos en equipos de tres y uno de los equipos formaban un triángulo haciendo pasar el elástico por las canillas y donde cada una se colocaba como vértice del triángulo, de forma tal, que el elástico que unía las canillas de las tres configuraba un triángulo de lados iguales. Las otras tres iban saltando cada una en uno de los lados del triángulo.

Si lograbas hacer bien los pasos y saltos a la altura de la canilla, pasabas a rodilla, luego a muslo, cintura, axila, cuello y creo que había una categoría con el brazo sobre la cabeza afirmando el elástico para las saltarinas participantes.

Nuestra afición llegó a tal nivel que hubo veces que seguíamos jugando los fines de semana y pasábamos el día de largo saltando. Queríamos mejorar nuestros saltos.

Una vez fui a practicar a la casa de mi amiga Soledad Phillips que vivía cerca de Tomás Moro. Llegué a su casa cuando los padres estaban aún en pijama y nosotras partimos saltando desde temprano. Era una locura y nos encantaba, sólo queríamos ser campeonas.

No tengo idea cuando dejé de jugar al elástico. Pero de pronto ya era historia. Muchos años después descubrí que en un lugar tan lejano como Bordeaux también jugaban a lo mismo. Al parecer era un juego bastante extendido.

Aunque tuve muchos otros juegos en el colegio, recuerdo con tanto cariño esos recreos jugando al elástico, porque, para una persona como yo que no tuvo mayor afición por los deportes, una de las veces que pude experimentar ser parte de un equipo y entre todas buscar ganar juntas fue en el juego del elástico. Tan simple, tan humilde con un simple elástico de ropa lográbamos desatar pasiones y entusiasmo y ganas de ser cada vez mejor y avanzar a todas las etapas. Lindos días de juego, de elástico, mientras en Chile existían dictadura, desapariciones y cosas muy muy feas... Nosotras tuvimos casi al terminar la infancia, en sexto básico, recreos saltarines pasando de uno a otro lado de un triángulo equilátero.... ¿O isósceles?



Soledad de las Mercedes Vargas Ossa, 53 años.
Valparaíso, Región de Valparaíso.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

...yo pasaba tardes ensayando, levantando la pierna lo más alto que daba el largo respaldo de dos sillas en el comedor de la casa. Aquello era un desafío casi olímpico para una niña de 9 años, había que tener mucha concentración y cuidado para no enredarse con las sillas y caer al mismo tiempo en que la voz de mamá sentenciaba desde la cocina “te lo dije”. A pesar del moretón era necesario insistir, volver a elevar la pierna y dar el salto para caer sin que tambalearan las sillas, toda una proeza si lograbas hacerlo varias veces seguidas.

Al día siguiente esperábamos impacientes la hora del recreo, apenas se escuchaba el primer talán de la campana, una se levantaba agitando la mano como si llevara un pañuelo blanco, era importante que todas vieran que el tuyo no era ni tan delgado para cortarse y pasar lleno de nudos, ni tan grueso que pareciera arrancado de la enagua de mi abuelita. Todas corríamos gritando hacia el patio encementado de la escuela, formándose inmediatamente una fila larga, mientras muy concentradas esperábamos nuestro turno para demostrar lo que tanto habíamos ensayado, en esos momentos era todo o nada, tampoco había pudor, éramos niñas pequeñas a las que no les importaba que se levantara el delantal cuadrille rosado o el jumper negro (exhibiendo, en el mejor de los casos una gruesa panty azul o en el peor, unos calzones de lana roja que te ponían para que no te pasarás de frío) lo único que nos interesaba era demostrar lo alto que podíamos llegar levantando las piernas y girando en el aire como si fuésemos la mismísima Nadia Comaneci compitiendo por el oro aquel invierno del '76, saltando más arriba de la cintura de todas las compañeras para terminar suavemente en el suelo de cemento con la sonrisa y el cuerpo invictos, como si nunca en la vida nos hubiésemos caído.

En breve ya la campana nos llamaba incesante para volver a clases, mientras una entraba triunfal a la sala, sintiendo que llevaba en el bolsillo del delantal el más preciado trofeo del mundo en la forma de un humilde trozo de elástico blanco.

Ivonne Orielle Zurita Vargas, 68-69 años.
San Miguel, Región Metropolitana.

“CUANDO ERA CHIC@ JUGABA A...”

Mi infancia transcurrió en Cerro Blanco Polpaico, un campamento de obreros y empleados de la firma Gildemeister, ubicado hacia al norponiente, a treinta y ocho kilómetros de Santiago.



Nuestra vida infantil era realmente buena. Teníamos una casa acogedora, nuestra querida Escuela Básica 311, muchos cerros, cine, juegos de taca-taca, piscina y muchos amigos para divertirnos y jugar a ene juegos.

Por ejemplo, en la escuela, durante los recreos, jugábamos a dos juegos principalmente: Las Naciones. Ay!, cuando te quemaban y tenías que retirarte del juego. Y a Saltar la Cuerda, ¡que también nos encantaba! Nuestro patio era muy vasto y podíamos correr por él a nuestras anchas.

En otoño y en invierno, nos gustaba jugar al Luche, pero no el de Avión – por fome -; el que resultaba un verdadero desafío era el de a Cuadros y jugábamos “con toda la mala”, es decir, teníamos que saltar ya los cuadros ocupados y llegar hasta nuestra peña justamente con el pie para arrojarla al siguiente cuadro. A veces, teníamos que saltar tres o cuatro cuadros y para ello, necesitabas ser un poco atleta, ¡pero lo pasábamos muy bien! También jugábamos a las bolitas; con ellas competíamos Al par y noni, a la Achita y cuarta, a la Troya. Mi favorito era El par y noni; nadie me ganaba, especialmente con las bolitas de piedra y de ojos de cristal.

En primavera, además de jugar a todos los otros juegos señalados, excepto al Luche, las emprendíamos con las subidas a los cerros, compitiendo quién llegaba primero donde la Virgen Chica y Grande, llevándoles los fragantes huilles que cortábamos con nuestras manitas a la subida para llevárselos a ellas junto con nuestros sudores, cansancio y alegría. En septiembre, jugábamos al Trompo y a elevar Volantines. El trompo me encantaba: podía hacerlo bailar como una bailarina de ballet, recogéndola con mi mano para continuar su baile en ella y luego, la devolvía con cuidado a la tierra y proseguía su baile hasta quedar exhausta y exánime en nuestra bendita tierra.

En verano, la natación, nos volvía locos. Nadábamos en las mañanas y en las tardes. Cómo gozábamos tirándonos piqueros, dando volteretas, tirándonos bombas, haciéndonos chinas y compitiendo en la cristalina y celeste agua, que nos refrescaba y deleitaba con su suavidad. En las tardes y noches, jugábamos a las rondas, al escondite, al pillarse ¡y a hacer equilibrios por dónde se pudiera!

¡AH, qué tiempos aquellos! Este 24 de julio ya cumpla 69 años y aún recuerdo a mis queridos e inolvidables amigos, hermano, primos y tío en este tiempo que, aunque ya se fue, permanece vivo, latente en este corazón que ya comienza a envejecer: Miriam, Raúl, Dagoberto, Mario, Miguel, Zenaida, Claudio, Irma, Elizabeth, Mirta, Leonilda, Victoria, y tantos otros compañeros de la primaria.

Para ellos, estos hermosos recuerdos que compartimos juntos en nuestro amado Cerro Blanco Polpaico.